

II

Camagüey, vivía en una noche de siglos de oscurantismo y atraso, dormido en sus tradiciones y leyendas. Todo era criollismo retardatario y vegetativo, a través de sus calles torcidas y angostas, con sus carruajes lujosos; sus San Juanes colorinescos, sus carrozas policromas y sus algarabías de sabor único y espectacular, sin más horizontes que sus llanuras esplendorosas y su feracidad de prodigio, reconcentrada en el espíritu nativo, arrullada por sus cantos de eternidad y acariciada por sus luces de faroles mortecinos; proyectando sus templos milenarios, en medio de una floración pétreas de una como hossana afirmación de su fe y candidez en el cielo.

Dentro de aquella ciudad de ha un siglo, que constituía el Puerto Príncipe, con sus quince mil habitantes, no había más que rezos y honestidad, donde el médico era tan innecesario como el notario, porque en aquellos seres acosados por la ignorancia, confesar al facultativo sus dolencias íntimas era tan pecaminoso como faltar a la palabra empeñada. Estas creencias firmísimas y éste espíritu regionalista, formaban del camagüeyano un ser refractario a toda innovación en sus hábitos y costumbres. Por ello fué que al solo anuncio de los llamados "caminos de hierro" que propulsó y llevó a cabo, después de cruentas vicisitudes y tropiezos incontables, Gaspar Betancourt Cisneros, encontrara recia y tenaz oposición a sus

proyectos, tildándosele de enajenado y recibiendo en premio de sus desvelos e inquietudes, acerbas críticas al abrir a la luz y a la civilización, su patria chica, objeto de su ideal y de su amor.

Gaspar Betancourt Cisneros, que era un espíritu alerta y de visión clara e inteligente, nacido en aquel medio de negación, se vió a los cuatro lustros de existencia precisado a abandonar la patria chica y en el contacto con otros mundos, su visión e inteligencia tomaron dilataciones incommensurables, para tener una mejor comprensión del universo y ansias nobles de progresos y adelantos, que llevar en mejoramiento del lar nativo.

Estas preocupaciones por el mejoramiento del solar en que había nacido, no restaron acometividad en el gran camagüeyano, para luchar también por la liberación de su patria y así le vemos a través de la historia, buscando el contacto con el gran libertador Simón Bolívar, al objeto de expulsar de Cuba la cruel dominación española en que el negro era un pobre perro esclavo y el nativo blanco estaba sometido de por fuerza a la más férrea y dura tiranía.

Gaspar Betancourt Cisneros, cariñosamente conocido por El Lugareño, fué el precursor del establecimiento de los caminos de hierro en la América, pues su proyecto y construcción del Ferrocarril de Puerto Príncipe a Nuevitas, constituye el primer esfuerzo en pro del progreso y civilización en este continente y aun de la misma Metrópoli, que entonces

nos sojuzgaba. Si otros méritos no hubiese tenido el gran patriota camagüeyano, este solo esfuerzo y sacrificio realizado por él, merecería la perpetuidad de su memoria, para honrarla y bendecirla eternamente. Empero, Gaspar Betancourt Cisneros, fué además el patriota, el estadista y escritor de acción que a la vez que divulgaba la luz de su saber, activaba el progreso material, para proporcionar a sus compatriotas y a sus semejantes los beneficios y comodidades de la civilización occidental, que comenzaba a proyectar sus luces en los pueblos del orbe y a través de lo arcano.

La humanidad le debe a este gran cubano y por ende austero y noble camagüeyano, sus titánicos esfuerzos, para colocar en un rincón de las Antillas, el filón de luz del progreso, bautizando con el humo de las locomotoras el hado de nuestros campos, como un rayo de vida, que proclamara a todos los vientos nuestra incorporación a los pueblos más adelantados del mundo.

Cuba, nuestra patria, no ha sabido honrar aun la memoria de Gaspar Betancourt Cisneros, en la medida de sus merecimientos y virtudes, porque enfrascada en luchas bizantinas y estériles, tiempo no ha tenido para glorificar a sus grandes hombres. Ahora con motivo de la solemne conmemoración del centenario del Ferrocarril de Cuba, aprovechamos la feliz oportunidad para rendirle al inmenso camagüeyano, nuestro tributo de voto de reconocimiento a sus excelsas virtudes, ya que en la

celebración de este centenario forzosamente la figura de Gaspar Betancourt Cisneros, es el eje del fausto acontecimiento.

La prensa de la Habana, ha dedicado copiosas informaciones y artículos periodísticos, encaminados a señalar el centenario del ferrocarril en Cuba, que en este año se conmemora, pero estas informaciones y artículos, en su mayoría están viciados en el error de afirmar que el primer ferrocarril y por tanto motivo de la festividad es el de la Habana a Güines y que es el primero también en los dominios españoles. Si se trata de demostrar que el referido ferrocarril de la Habana a Bejucal, fué el primero que se inauguró, más elementalmente que "corrió" no ya en las Antillas, sino en el resto de la nación española y aún de muchos países europeos y americanos, quizá aceptemos el postulado; pero si lo que se quiere celebrar es el primer centenario del ferrocarril cubano, hay que convenir que ya se debió haber celebrado ha algunos años, y que ese honor corresponde indudablemente al ferrocarril camagüeyano, al de Puerto Príncipe a Nuevitas, al que soñó y realizó el ilustre patricio Gaspar Betancourt Cisneros, El Lugareño, que fué el primero que ideó, que pensó, que proyectó, que escribió y que estudió el asunto en América y que inició su construcción, aunque, efectivamente, el de la Habana a Bejucal fuera el primero que se abriera al servicio público, porque sus constructores tuvieron a tiempo el dinero necesario para ello, y lo terminaron antes que el ferrocarril camagüeyano.

La prioridad sin duda alguna, de esta feliz iniciativa y

la cristalización de este sueño, se debe a los tesoneros esfuerzos, a la firme y decidida voluntad de Gaspar Betancourt Cisneros, pagando de su peculio particular gastos y cuanto fuese necesario, para que el ingeniero Charles Hampder, levantara planos, hiciese memorias y en definitiva trazara el ferrocarril, que después de cerca de siete años de sacrificios y obstáculos, fué inaugurado al servicio público en un alarde mayúsculo de perseverancia y firmeza, a la par, que abriendo el surco maravilloso del progreso de América, en el alborozo de un pueblo, que contemplaba delirante y asombrado la magnitud y éxito de la empresa.

.....

Ha sido copiado del libro "CAMAGUEY A TRAVES DE LA HISTORIA" por Amado R. Freyre. Camagüey, Cuba. 1937.

El escrito se extiende desde las páginas números 23 a la 29.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA